

Conferencia impartida por el Dr. Rodolfo Sarracino, en el curso titulado: José Martí y las Crónicas Norteamericanas, de la Unión de Jóvenes Comunistas – (16 de julio-2013)

Las “Escenas Norteamericanas” de José Martí y el nacimiento del imperio.

Por: Dr. Rodolfo Sarracino

Antes de comenzar, conviene dejar aclarado qué entendemos del título “Escenas Norteamericanas”. Cuando Martí entregó a Gonzalo de Quesada su “Testamento Literario”, se refirió en términos generales a la manera en que debía presentarse ese amplio grupo de artículos periodísticos dedicados a la vida en Estados Unidos, país de importancia decisiva para el presente revolucionario de entonces y el futuro de la república independiente que debía resultar de la “guerra necesaria” en cuya preparación él jugaría un papel de primera importancia.

Se trata de cinco tomos con unas 284 crónicas, sobre casi todos los aspectos de la sociedad estadounidense y su involución permanente hacia el imperialismo. Es cierto que hay un número importante de crónicas cuyos títulos se repiten entre las que han aparecido en el periódico *La Nación*, de Buenos Aires, y las de *El Partido Liberal*.

Una verificación cuidadosa revelará diferencias entre unas y otras, en ocasiones menores, pero también mayores. Su título: “En los Estados Unidos. Escenas Norteamericanas”, es la manera como Gonzalo de Quesada interpretó las instrucciones de Martí para una hipotética reimpresión, tal vez no exactamente como él lo había pensado, ni como se presentarán en la edición crítica de las *Obras Completas*, actualmente en preparación.

Cuando Martí decidió permanecer en Nueva York en 1881, ya el pensamiento imperialista en Estados Unidos había avanzado hacia una concepción más radical y mejor pensada. El historiador naval, Contralmirante Alfred Thayer Mahan, había previsto como única solución posible para aliviar las contradicciones económicas del capitalismo estadounidense y sus recurrentes crisis de sobreproducción, nada menos que el dominio de los océanos del planeta (*The importance of sea power in History*, 1889) y *The United States looking outward* (1891).

Con ello, pensaba Mahan, se podría satisfacer la “necesidad” de la expansión inicial del imperio hacia el Océano Pacífico, los grandes mercados asiáticos y Suramérica, previo control del Caribe y el Paso de los Vientos, por donde navegaría su marina mercante y su flota de guerra hacia el istmo, en el que el gobierno yanqui debía construir un canal interoceánico a través de Panamá o de Nicaragua. Ni los políticos,

ni los militares estadounidenses veían otra alternativa, dado el subdesarrollo de los territorios del Oeste y la ausencia, casi total entonces, de transporte transcontinental, salvo por un escaso número de ferrovías, que debían transportar a la costa del Pacífico los productos de las industrias del Este y Centro Este del país.

Para lograr ese objetivo, Mahan (por cierto, hoy llamado “padre” de la geoestrategia estadounidense) escribió en las obras referidas y varios artículos, que su país debía controlar los aproxches al canal interoceánico, vale decir, en primer lugar Cuba, considerada clave estratégica del Caribe, y las demás islas cercanas, particularmente Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y en menor medida Jamaica.

Pudiera parecer curioso, pero lo cierto es que Mahan no fue mencionado ni en una sola ocasión en los 28 tomos de las *Obras Completas*. No resiste análisis suponer o especular con la posibilidad de que Martí pudiera haber ignorado todo cuanto se discutía en temas tan sensibles para el presente y futuro de Estados Unidos. Martí lo sabía, pero no era (resultaba) inteligente discutirlo públicamente de modo tal, que el enemigo potencial de la revolución cubana pudiera hacer uso de esa información. Lo poco que pensó aparece escrito en su libreta de “Fragmentos”. En 1887, por ejemplo, escribió, y no lo repitió jamás, que el cónsul francés en Guayaquil había hallado “un paso transcontinental capaz, con inversiones mínimas de atravesar el continente suramericano:

[...] “lo que otros ven como un peligro yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales [...] de ahí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva de ninguno, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones convenir que haya preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo¹ (¿?)

El joven Martí, pues, no desconocía las realidades de la política de Estados Unidos. Ya había comprobado el poder creciente de la prensa y se había desempeñado como un talentoso periodista en órganos como *La Opinión Nacional*, de Caracas; *La América*, de Nueva York (1881); *The Hour*, y el *Economista Americano* (1886-1888), de la propia ciudad; y más tarde, en 1882, en el famoso diario *La Nación*, de Buenos Aires, y en 1886, en *El Partido Liberal*, de México.

Por lo menos hasta 1891, Martí desplegó una brillante campaña periodística, en la que se destaca un objetivo permanente. En primer término, trabajar para lograr un equilibrio con Estados Unidos en el Caribe, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, y después, revelar a la opinión pública suramericana y de habla hispana en Estados Unidos, la verdadera naturaleza y creciente involución hacia el imperialismo de la sociedad en ese país, con peligro manifiesto para toda la América Hispana: el enriquecimiento lícito o ilícito como objetivo primario de la vida, la corrupción dentro y fuera del gobierno y del Congreso, los fraudes sistemáticos en las elecciones a todos los niveles, el magnicidio de presidentes amados por el pueblo, incómodos para los centros de poder, y su disposición a controlar, por la fuerza si fuere necesario, a los países latinoamericanos que pudieran oponerse a sus designios. A mi juicio, el objetivo martiano de esos artículos para la prensa internacional, con un alto contenido político, se enderezaba a destacar una sociedad corrupta, adornada con prédicas cristianas hipócritas, que no podía servir de modelo a los pueblos hispanoamericanos en lucha por su independencia.

En sus artículos menos comprometidos se observa, casi sin excepción, una nota de reprobación bien desarrollada, por ejemplo, en sus críticas de arte en las que se refiere, no sólo a los artistas y a la calidad de sus obras, sino a los ricachones que compraban – y compran-- los cuadros para revenderlos u ocultarlos en los salones privados de sus residencias, sin darle acceso al pueblo.

El otro gran objetivo era reiterar, en cada ocasión propicia, la necesidad de mantener la unión entre los pueblos hispanoamericanos, sin lo cual era difícil concebir, incluso después de la victoria de las armas revolucionarias en Cuba, la existencia de una pequeña isla independiente tan cercana a una potencia regional, anticipada como mundial e imperio emergente, para lo cual era imprescindible el control de Cuba, en primer lugar, y del resto del Caribe en ese orden.

Martí también exploraba con detenimiento lo que hoy llamaríamos “contradicciones interimperialistas” entre Europa y Estados Unidos. Me viene a la mente el artículo que él publicó en 1889, acerca de los incidentes suscitados entre Inglaterra y Alemania, de un lado, y Estados Unidos del otro, en torno del archipiélago de Samoa, por cuya ocupación lucharon los dos últimos países que terminaron en la mesa de negociaciones en Berlín, bajo el arbitrio de Inglaterra. Sobre el tema, Martí comentó para *La Nación* que:

(...)No sería lo de Samoa de tanto interés, si el principio sentado en la Conferencia [de Berlín] pudiera olvidarse en los casos futuros en que choquen, en los países de América y sus alrededores, los intereses europeos y los yanquis.²

En definitiva, el control de las islas se dividió entre las dos potencias en pugna, observadas de cerca por Inglaterra. Pero estas diferencias y otros conflictos de intereses fueron siempre comentados por Martí con ojos que trascendían lo obvio.

Por otro lado, Martí evidenciaba, aparte de su enorme talento literario, una evidente vocación por el periodismo de investigación, que en aquellos días aún estaba en pañales. De los grandes periodistas yanquis de esa época se destacaba G. Pulitzer, de origen húngaro y padre judío, que especializó su periódico en investigaciones que hicieron época. Con sus *investigaciones* elevó la circulación de su diario a más de 800,000 ejemplares diarios, cifra gigantesca por aquellos días.

El problema de las investigaciones de Martí, vistas en su contenido investigativo, es que eran resultado de informaciones de terceras fuentes, ya publicadas, y no siempre eran las más dignas de crédito (casi siempre las más caras), raramente a su alcance, las que obviamente tenían en él un efecto condicionante. En ese sentido, me vienen dos errores a la mente. Me refiero al incidente de Augustus K. Cutting, el editor y provocador estadounidense establecido en la ciudad mexicana de Paso del Norte, en la frontera con Estados Unidos. Cutting acusó en su diario a un futuro competidor mexicano de querer establecer otro periódico en la ciudad, operación que según él, en realidad ocultaba una estafa mayúscula.

El concurrente mexicano llevó el caso ante el tribunal de la ciudad que lo absolvió y dictó la sentencia de obligar a Cutting a excusarse en cuatro ediciones diarias de su propio periódico. Cutting no sólo incumplió, sino que pasó al lado estadounidense de la ciudad por el puente del Río Grande, se entrevistó con periodistas de dos publicaciones que vivían del escándalo y ratificó sus acusaciones contra su competidor mexicano. Poco después, fue arrestado en el acto de repartir del lado mexicano, en Paso del Norte, un amplio número de ejemplares e internado en espera de juicio.

Inmediatamente, la prensa estadounidense comenzó a manipular el incidente, e inexplicablemente Bayard, entonces Secretario de Estado procedente de Vermont, presentó al Ministerio de Relaciones Exteriores de México una nota en la que se daba a éste país un ultimátum, para dejar en libertad al acusado inmediatamente. En los días subsiguientes la atmósfera en torno del incidente se cargó aún más, cuando el Secretario de Estado, dirigente del Partido Demócrata, en el poder por vez primera después de la Guerra de Secesión, presentó un informe al Senado en el que le recomendaba, con mayoría Republicana, que emitiera sus criterios al respecto y tomase medidas definitivas para hacer cumplir la voluntad del gobierno.

Martí, a poco de haber ocupado su responsabilidad de corresponsal de *El Partido Liberal*, presentó al periódico mexicano un artículo en el que concluía que el gobierno estadounidense estaba a punto de tomar medidas de fuerza, hasta cierto punto

justificadas, por lo que sería difícil detener una posible intervención armada que resultaría desastrosa para México, por lo que se recomendaba que el gobierno de este país, “hiciera concesiones” para impedirlo.

Dos días después de enviado el artículo a México, el Senado estadounidense se reunió, dio por concluida la sesión y se retiró a disfrutar sus vacaciones estivales. Martí quedó expuesto al ridículo, que es el peor enemigo de un buen periodista. Rápidamente envió un mensaje autocrítico recomendando que su trabajo no fuera publicado – **como todos los artículos enviados por Martí pasaban por las manos de Mercado, con toda seguridad no habría sido publicado** --.

Martí admitió su error, ejemplo de autocrítica inteligente, suavizada por la realidad al afirmar que “yo no vivo en Washington”. Dicho en otros términos, todas sus informaciones provenían, no de fuentes, personalidades o documentos del lugar de los hechos, sino de los periódicos neoyorquinos que todas las mañanas adquiría, cuando tenía los recursos para comprarlos, y los leía vorazmente.

Cuando no le alcanzaban sus recursos, siquiera para comprar una barra de pan, se detenía en los puestos de periódicos y leía, lo hacía en las bibliotecas frente a los anaqueles, o en librerías. Pero las fuentes impresas, en un país como Estados Unidos, no bastaban. Como periodista de dos publicaciones importantes, de Argentina y México, Martí necesitaba fuentes vivas e impresas, documentos, protagonistas y una acerada voluntad de seguimiento de los hechos más importantes.

Recuerdo las intensas crónicas de Martí dirigidas contra los anarquistas, en mayo de 1886, en las que supuestamente habían lanzado una bomba contra la policía en Haymarket Square, Chicago, cuando trataban de establecer el orden en una manifestación obrera a favor de la jornada de trabajo de ocho horas. La policía declaró a la prensa plutocrática local, un total de cuatro agentes muertos. El pueblo se proyectó por unanimidad en la condena de los anarquistas arrestados, que fueron ahorcados. El clamor de la población de Chicago y de hecho de toda la nación, se unió para acusar de asesinos a los anarquistas y Martí no fue excepción. Algunos de los comentarios más dolorosos contra los acusados, los escribió Martí.

Pero como el juicio fue lento, tuvo la oportunidad de leer materiales de origen obrero y periódicos sindicales que le fueron iluminando en los detalles del juicio y probablemente asistió a alguna sesión. Cabe pensar que seguramente estuvo en algunos de los mítines, en que la mulata Lucy Parsons hizo uso de su elocuente y conmovedora palabra en defensa de Albert Parsons, su esposo, acusado de homicidio, y pudo probar su ausencia de Chicago el día de la manifestación en que se lanzó la bomba.

Comprendió que a ninguno de los acusados se les pudo probar su culpabilidad y su posición se fue modificando gradualmente, hasta hacer justicia a los hombres que fueron finalmente ejecutados, salvo uno que se suicidó antes de la ejecución.

Pero todo esto, sólo prueba que Martí era, después de todo, un ser humano y no hay como comparar estos errores y otros que harían demasiado largas estas palabras, con los centenares de brillantes artículos que escribiera sobre Estados Unidos, publicados a lo largo de sus quince años de vida en Nueva York.

¹ José Martí, *Obras Completas*, tomo 22, Fragmentos, p. 116.

² -----, *Obras Completas*, tomo 11.